

## LAS COSAS, COMO SON

## Lápida en el Pueblo Nuevo

Por Sempronio

No es fácil, por primera vez, llegar a la calle de Pallars entre Espronceda y Lope de Vega. Es una calle que a trechos muere entre casuchas y angostos pasajes, para volver a resurgir unas cuadras más allá.

Estamos muy cerca del corazón del Pueblo Nuevo, a escasos metros de la parroquia de Santa María de Taulat y de la piscina municipal recientemente inaugurada.

Ayer, a mediodía, en el punto indicado de la calle de Pallars, una desacostumbrada agitación intrigaba al vecindario. Mirando de sortear los charcos de agua, varios automóviles parabanse frente un grupo de viviendas de ladrillo, nuevas pero modestas. De los automóviles bajaban muchos caballeros y algunas damas, todos con cara de pascuas, que se daban apretones de manos y se felicitaban, al paso que contemplaban las fachadas de ladrillo.

—¿Ocurre algo? —oí preguntar al dueño de un colmado.

—Dan un premio a esta casa —respondió el preguntado.

—¡Vamos, anda! —dijo el otro, incrédulo.

La castiza réplica reflejaba seguramente la estupefacción del barrio. Esta vez, el Jurado encargado de premiar el mejor edificio construido el año anterior ha querido dar una prueba de ascetismo, coronando una obra barata y nada espectacular.

—Los autores no han pretendido engañar a nadie —dijo el arquitecto y miembro del Jurado, señor Giráldez, a quien probablemente el hecho de llevar barba le valió ser designado para pronunciar el discurso de ritual.

Como las casas mismas, la ceremonia tuvo una simpática sencillez. Los Premios del Fomento de las Artes Decorativas nacieron para reanudar una antigua tradición municipal. Probablemente, cuando era el Ayuntamiento quien premiaba el mejor edificio del año, el acto de colocación de la lápida debía ser presidido por el alcalde y debía contar con la asistencia de la Banda Municipal y los urbanos de gala.

Ahora, se lo hacen entre arquitectos, artistas y amigos. Incluso la lápida, comparada con las de antaño, es pequeña y modestísima, apenas si se nota en la fachada. Su autor, el escultor Subirachs, es también de apariencia insignificante. Sus íntimos le llaman «el noi». No obstante, de dejarle, coloca en la calle armatostes metálicos tan importantes como aquella «Evocación marinera» de la Barceloneta.

Bueno, quiero decir que es lástima que las autoridades municipales no apadrinen, significación ciudadana tan considerable como es la exaltación de la buena arquitectura que se hace en Barcelona. Y más lástima todavía, porque de estar ayer presentes en la calle de Pallars, habrían podido recoger directamente la recomendación que hicieronme a mí incontables vecinos.

—A ver si escribe que nos arreglen la calle —suplicaban.

Realmente, aquello no era una calle, sino un barrizal, un campo recién «fangado».

—Hoy porque ha llovido. Pero cuando está seco, es aún peor, por el polvo —me explican.

Afortunadamente, todos los ojos eran ayer para las viviendas premiadas, las austeras pero bonitas viviendas que atestiguan la preocupación social de la empresa que las ha construido para sus productores y dan fe de la sensatez de sus arquitectos, los jóvenes José María Martorell y Oriol Bohigas.

Acompañado de don Joaquín Ribera Barnola, gerente de la empresa propietaria y barcelonés conspicuo, subimos a uno de los ciento treinta pisos del grupo. Superficie promedia por vivienda, 60 metros cuadrados. Alquiler mensual, doscientas veinticinco pesetas.

—Hemos utilizado materiales sencillos y técnicas constructivas tradicionales —me cuenta el señor Bohigas.

El ladrillo, la teja y la cerámica vidriada predominan. Nada de filigranas, ni de esas cosas que son bonitas para enseñar. Pero, dentro de la austeridad, cierta estética.

—Y sin escatimar la indispensable. Fíjese en el grueso de los marcos de las puertas —me invita el señor Ribera.

El precio aproximado de la construcción ha sido de 1.300 pesetas por metro cuadrado. Los entendidos calibrarán el mérito de la obra.

En una de las tiendas vacías, ante unas mesas improvisadas para el aperitivo, se han pronunciado las cuatro palabras de rigor. Mientras, he tenido el placer de saludar a otro par de arquitectos también festejados ayer, los señores Alfonso Milá y Federico Correa, ganadores del Premio al mejor establecimiento comercial por el «hall» de operaciones de la Caja Provincial de Ahorros de la calle de Fontanella. Refiriéndose a su obra, me dice el señor Milá:

—Nuestra preocupación consistió en quitarle la tristeza que le daban anteriormente las rejas bancarias...

Lo consiguieron. Es una obra cuya visita recomiendo también.

El acto de la calle de Pallars tuvo el mejor remate: invitando a entrar y a picar en los platos a la chiquillería que, con manifiesta dentera, nos observaba desde fuera.

## UN SIGLO ATRAS

Martes 4 de diciembre de 1860  
DIARIO DE BARCELONA

Se encuentra detenido en la Alcaidía un revendedor de billetes de las rifas y lotería muy conocido por la insistencia con que procura la mayor expedición de los mismos, hostigando á cuantas personas encuentra al paso. Se le acusa, según voz pública, de haber insultado á dos ó tres sujetos que, habiendo percibido algún premio, no le dieron propina suficiente para dejarle contento.